

LA EVOLUCIÓN Y EL SIGNIFICADO ESPIRITUAL DEL MATRIMONIO

EL MATRIMONIO DE LA NUEVA ERA

Amados amigos, bendita sea su vida, sus pensamientos, sus luchas y sus afanes. Sin su profundo compromiso de desarrollar su potencial innato de participar de la naturaleza divina, nosotros no podríamos realizar nuestras propias tareas. Así, dependemos de su verdad y de su amor, como ustedes dependen de los nuestros. Dependemos de que ustedes se entreguen al Creador, como ustedes dependen de que nosotros nos entreguemos a Él. Que este hermoso trabajo mutuo sea bendecido una y otra vez en el nombre del Señor, Jesucristo.

Su nombre jamás hubiera despertado tanta ambivalencia, y a menudo tanta negatividad, si la verdad divina no se hubiera distorsionado tanto en todas las áreas, y también en lo que se refiere a Su vida en la tierra y en el cielo. Todos los grandes influjos, energías y dinámica divinos se prestan más a la distorsión que las formas más moderadas de manifestación creativa. Pueden observar esto fácilmente en su vida, y con el conocimiento que ya han adquirido. Las grandes fuerzas espirituales contenidas en el amor dinámico son más temidas, resistidas y calumniadas que las corrientes tibias. Ésta es la razón profunda por la que han existido tabúes tan estrictos en torno al amor sexual, y por la que la liberación de las fuerzas espirituales parece ser la experiencia más amenazante y peligrosa de todas. Estas fuerzas no son en modo alguno tan sólo etéreas. Abarcan toda la personalidad, y ciertamente incluyen el cuerpo. Y ésta es también la razón por la que la fuerza crística, la conciencia crística, la realidad crística han sido objeto de tantos malentendidos y de tanto conflicto.

Es verdad que estas fuerzas son tan poderosas que una personalidad no purificada no puede soportarlas. En la medida en que hay negatividad y distorsión en la mente y en la conciencia de un individuo, en esa medida se manifiestan estas corrientes poderosas como crisis, dolor y peligro. Pero ser parte de estas fuerzas, ser receptivo a ellas, es el anhelo profundo —consciente o inconsciente— de todas las almas.

En ese sentido, el desarrollo de la institución del matrimonio es muy importante. Necesita de parte de ustedes un discernimiento más profundo para que puedan ampliar y profundizar su propia comprensión de este tema, y emplear este conocimiento para expresar su anhelo. Éste es siempre el primer paso para volverlo realidad. La humanidad ha pasado por un desarrollo en muchas áreas, en el curso de los muchos siglos de su existencia. Veamos, en el lapso de los últimos, algunos aspectos de este desarrollo que se han presentado en relación con el matrimonio. Esto les dará una idea del movimiento que ha tenido lugar hasta ahora, lo que, a su vez, les abrirá la visión al movimiento que ha de ocurrir en el futuro. También les permitirá ver la actitud de hoy hacia esta institución, a la luz de un cuadro más grande. La historia sólo puede entenderse correctamente cuando se descubre el significado espiritual que está oculto detrás de los acontecimientos terrenales.

En el pasado no muy lejano, el matrimonio era un arreglo al que la gente accedía para cumplir cierto número de funciones, entre las cuales las menos importantes eran el amor, el deseo de compartir y la reciprocidad en todos los niveles de la personalidad. De hecho, el amor, la entrega sexual mutua y el intercambio profundo en niveles de energía dinámicos era algo rechazable y condenable. El matrimonio era, en efecto, un contrato económico y social que cumplía muchas otras funciones de la personalidad que obedecían a motivos inferiores. Así, por ejemplo, las ventajas económicas y sociales eran lo más importante. Pero lo que resulta más significativo incluso que la existencia de este hecho era la convicción absoluta de que estos motivos y razones eran algo moralmente correcto y virtuoso. Los hombres se casaban con mujeres que aportaban a la unión una buena dote, que ponían en alto su imagen social. En otras palabras, la codicia y el orgullo se embellecían y alcanzaban la categoría de rectitud.

Los hombres se consideraban superiores a las mujeres. Casarse con una mujer no significaba otra cosa que adquirir una esclava obediente que se encargaba de que el hombre disfrutara de todas las comodidades y facilidades, pero que no pedía nada para ella en ningún sentido. A cambio de estos servicios, que incluían ser el receptáculo de la lujuria casi siempre muy impersonal del varón, la mujer recibía seguridad material. No tenía más responsabilidad en la vida que ser un objeto adecuado para su amo. Creo que pueden entender, amigos míos, que al hablar aquí de responsabilidad nos estamos refiriendo a algo mucho más importante que la mera responsabilidad económica. Como no se consideraba a la mujer igual al hombre, ella era apenas moralmente

responsable. La realidad de la responsabilidad emocional y mental ni siquiera existía como concepto, pero ciertamente sí como hecho. Y este hecho se aplicaba a los hombres, aun sin la conciencia del concepto, pero se negaba completamente en el caso de las mujeres.

Obviamente, esto no era sólo el resultado de la distorsión y la negatividad del hombre. Era, en la misma medida, el resultado de una intencionalidad fuertemente arraigada en la psique femenina. La mujer negó su propia responsabilidad en todos los niveles durante un tiempo larguísimo, y por lo tanto co-creó la desigual relación entre los sexos.

Ambos sexos temían —y aún temen—, en la misma medida, las poderosas energías espirituales de las fuerzas del amor, el erotismo y la sexualidad entre el hombre y la mujer. Este poder es la corriente creativa misma, de la que está hecho todo lo manifiesto. Esta poderosa corriente puede ser evocada por distintos métodos, y no sólo como fuerza de unión entre un hombre y una mujer. Puede ser evocada por medio de disciplinas espirituales dentro de un individuo, por él mismo o por ella misma. En ese caso, fusiona los principios masculino y femenino y las corrientes de poder dentro de un alma individual.

El alma no purificada es incapaz de soportar esta corriente de poder. En la medida en que exista en la personalidad la sustancia del alma no purificada, en esa misma medida la corriente de poder se niega, se suprime y se escinde. La sexualidad que se manifiesta sin amor, sin compromiso y sin respeto es precisamente esa corriente de poder negada y escindida. No podrían estar más equivocados los seres humanos que creen que la sexualidad pornográfica o promiscua es más placentera que la sexualidad que fluye de un todo unificado y se combina con el amor y la unión espiritual. Lo contrario es lo cierto. Pero la fuerza es tan poderosa que no puede ser soportada por el alma que aún vive parcialmente en la oscuridad.

Otro error humano es creer que una pareja de casados que son fieles el uno al otro están necesariamente más allá de la sexualidad escindida. El matrimonio típico de tiempos antiguos, tal como lo describí más arriba, era, de manera total y absoluta, una expresión de supresión, represión, negación y corrientes de poder escindidas. En el hombre, esto muchas veces se manifestaba en una actitud de no poder experimentar sentimientos sexuales intensos hacia la mujer amada, honrada y respetada. A veces, el temor inconsciente a la corriente de poder es tan fuerte que la escisión es total, y el hombre se encuentra incapaz de experimentar la sexualidad con una mujer amada. En muchos casos, sin embargo, la escisión puede existir con una y la misma mujer. Un hombre puede honrar y amar relativamente a una mujer con la que se ha casado (a pesar de considerarla inferior), pero olvidarse de su realidad durante el acto de unión sexual. Sólo puede llevar a cabo este acto cuando, en su óptica, la mujer se convierte en un objeto bajo. Así pues, la sexualidad pornográfica puede manifestarse dentro del marco del matrimonio respetable que es plenamente aceptado por la sociedad.

Para la mujer, la negación de la corriente de poder unificada, demasiado fuerte para que la soporte el alma no purificada, se manifestó muchas veces en la negación total de la realidad sexual de su cuerpo. Y siempre que se manifestó pese a todos los intentos por negarla, se le experimentó con culpabilidad y vergüenza.

La culpabilidad y la represión sexuales que existen hoy en su mundo son apenas menos pronunciadas que en épocas anteriores. Estas represiones y negaciones, estas culpas y falsas vergüenzas no eran tan sólo el resultado de las costumbres sociales y de la intolerancia. La razón detrás de estas actitudes es la incapacidad de soportar la fuerza de la corriente de poder plenamente unificada, cuya intensidad necesita que los seres humanos estén, por lo menos, relativamente libres de la negatividad, del miedo, de la duda y de la destructividad.

La persona intensamente sexual, que experimenta la sexualidad sin amor, sin una fusión profundamente personal con otro individuo específicamente escogido; que elige compañeros o compañeras efímeros sin poner en ello el corazón y la mente —en otras palabras, la persona promiscua—, es esencialmente igual al moralista que le es fiel a una esposa con la que copula subrepticamente como obligación marital. Ambos tienen miedo de la corriente amor-sexo que se unifica a través del poder de eros, a través del poder de la reciprocidad en el desarrollo del alma y en el compromiso mutuo, y a través de la purificación personal.

La relación hombre-mujer en el pasado y la actitud hacia la institución del matrimonio son resultado directo de este temor. Para la persona común y corriente no existían ni el concepto ni la práctica de la autopurificación. Lo poco que se conocía de ella residía sólo en las iglesias. Pero allí, de nuevo, la fuerza total fue disminuida por el edicto del celibato. Es cierto que algunos individuos especialmente dotados y adelantados evocaron este poder espiritual por medio de sus propios y aislados esfuerzos. El éxtasis místico no es otra cosa más que la liberación de una corriente de poder espiritual en la que Dios se experimenta como una realidad viva y física. Idealmente, esto también puede ocurrir a través de la fusión de un hombre y una mujer que estén suficientemente libres de

temor y que sigan juntos un camino de purificación. Su unión liberará esta corriente de poder interna en la que experimentarán a Dios en sí mismos y en el otro.

Antes de seguir adelante, remontémonos a las etapas evolutivas de la historia de ustedes. El cuadro que pinté del matrimonio no es muy atractivo. El matrimonio, tal como existió durante largo tiempo, era verdaderamente un estado más pecaminoso que todos los pecados que los moralistas que concibieron estas normas condenaban. La calificación de pecado por parte de estos moralistas estaba dirigida contra la sexualidad ilícita, promiscua o pornográfica que podía detectarse exteriormente. Es cierto que todas estas conductas indicaban una negación de la unificación del amor y la sexualidad otorgada por Dios, de la corriente de poder más grande de todas, que es en sí misma una expresión de la presencia divina. Así que, en cierto sentido, este temor y esta negación son síntomas del alma no purificada, del espíritu caído, si así lo prefieren. Pero como este estado no purificado del alma es una verdad de la evolución, y como todos ustedes también desempeñan una tarea en el movimiento de regreso al estado de Divinidad, es fútil lanzar una acusación contra esta verdad, sobre todo en vista de que aquellos que lo hacen son parte de esta verdad. Ellos también son espíritus caídos, almas no purificadas, parte de este movimiento de evolución. Así, la actitud correcta hacia el temor de la corriente plena de poder es una actitud de aceptación de esta verdad de la vida; de preparación suave para que la personalidad pueda aclimatarse gradualmente a esta fuerza tan potente. El éxtasis puede llegar a ser —y llegará a ser— una experiencia grata a medida que el alma crezca en estatura. Esto sucede por medio del proceso de desarrollo, a lo largo de muchas, muchas encarnaciones.

El verdadero carácter pecaminoso de la actitud hacia el matrimonio que acabo de describir, y que prevaleció no hace mucho tiempo, residía en la culpa secundaria implícita aquí. En vez de reconocer el temor de amar a un igual, el hombre tuvo que degradar a la mujer. En vez de reconocer el temor de amar a un igual y experimentar el placer de la sexualidad, la mujer tuvo que enajenarse del hombre haciéndolo su enemigo. En vez de que el hombre reconociera que temía una relación de igualdad, tuvo que hacer de la mujer un objeto. En vez de reconocer el temor a la autorresponsabilidad en todos los niveles, la mujer hizo de sí misma un objeto y luego culpó exclusivamente al hombre de esta creación mutua. Ambos sexos negaron el temor, que podría llamarse, en un sentido mucho más profundo, la culpa primaria, una culpa que la humanidad entera comparte. Pero la negación del temor sólo podía ocurrir por medio de culpas secundarias. Algunas de estas culpas secundarias estaban dando energía a los impulsos del ser inferior. Así que la codicia material fue el resultado. El dinero, el poder y las ventajas sociales se convirtieron en motivos para escoger pareja. Se nutrieron las imágenes públicas, los valores de la apariencia, las imágenes idealizadas; el orgullo y la vanidad pasaron a ser valores moralistas falsos. Si piensan ustedes en la indignación moral, en el fariseísmo de los hombres y las mujeres contra aquellos que se desviaban de las normas aceptadas, entonces verán la fuerza de la culpa secundaria. La máscara ni siquiera fingía ser algo genuinamente bueno y valioso. La máscara aseguraba que la codicia, el egoísmo calculador, los orgullosos valores de la apariencia y el usarse uno al otro fueran las normas morales más altas. Esto va mucho más allá de la hipocresía ordinaria. Este tipo de hipocresía estaba tan arraigado y era tan pernicioso que requería ser arrancado de raíz para que el alma pudiera sanar. Es importante, amigos míos, que vean la naturaleza de la actitud hacia el matrimonio que existió durante muchos, muchos siglos. Las personas que se casaban por amor eran las grandes excepciones.

El estado de conciencia colectivo creó estas circunstancias. Este mismo estado de conciencia colectivo creó también condiciones kármicas, requisitos previos de guías específicas para las siguientes reencarnaciones. Por ejemplo, el antagonismo que generalmente existía entre los hombres y las mujeres tenía que manifestarse específicamente entre hombres y mujeres individuales en un grado mucho más alto del que se observa hoy. Así que, muchas veces, dos de estos individuos estaban “predestinados” a conocerse como cónyuges potenciales. Sus mayores hacían los arreglos. Este tipo de unión proporcionaba el marco para que los sentimientos y actitudes negativos, tanto generales como específicos, se hicieran conscientes, lo que, a su vez, constituye la base de la transformación. Así pues, amigos míos, los “matrimonios concertados en el cielo” no eran siempre, en modo alguno, uniones positivas de amor y afecto, de atracción y respeto. El intercambio negativo entre muchos, muchos hombres y mujeres individuales creó la conciencia colectiva, creó condiciones kármicas y creó las normas sociales entonces existentes.

En tiempos muy recientes, la conciencia ha dado un gran salto en su desarrollo. Ya está verdaderamente lista para descartar estas viejas actitudes y crear condiciones nuevas, normas nuevas, valores morales nuevos. Pueden ver esto claramente hoy en muchos cambios drásticos. El movimiento de liberación femenina, el movimiento de liberación sexual y una actitud muy distinta hacia el matrimonio son signos claros de una nueva conciencia emergente. Estas manifestaciones deben verse a la luz de un movimiento global, de una dirección evolutiva, a fin de entender realmente el significado profundo de todos estos cambios.

En todos los movimientos evolutivos, el péndulo tiende a oscilar de un extremo al otro. Algunas veces esto es inevitable, otras veces es incluso deseable, siempre que el péndulo suba sólo hasta cierto grado en una dirección exagerada. Pero cuando ese grado es más alto de lo que resulta necesario o deseable, el fanatismo y la ceguera evolucionan exactamente de la misma manera que la tendencia opuesta de la que se alejó el péndulo.

Así, por ejemplo, la libertad sexual de hoy es una reacción a los grilletes de otros tiempos. Hasta cierto grado, ésta es una fase necesaria que los individuos tal vez tengan que experimentar temporalmente hasta que la sabiduría de la nueva conciencia se complete. En esta nueva conciencia, el compromiso con una sola pareja constituye un acto más libre, más liberado e infinitamente más deseable que el cambio indiscriminado y no comprometido de compañeros. El ciclo tenía que pasar de un compromiso monógamo involuntario, con su concomitante relegación del desarrollo personal (en el caso tanto de las mujeres como de los hombres), a un despertar del estado debilitante de esta actitud y a un consecuente liberalismo y poligamia, y de allí, por fin, a una nueva base sustentadora de libertad e independencia internas reales, en virtud de las cuales se escoge voluntariamente el compromiso monógamo porque produce infinitamente más satisfacción, gratificación y realización.

En la vieja actitud hacia el matrimonio, un aspecto particularmente pernicioso era que la necesidad sexual, así como la necesidad de compañía, estaban contaminadas por la sujeción de estas necesidades a fines oportunistas, materialistas y explotadores. Siempre que una corriente del alma se pone secretamente al servicio de otra, ambas se vuelven negativas. Si al amor, al erotismo y a la sexualidad se les diera el lugar que les corresponde, la necesidad real de tener éxito, la de ser respetado por la comunidad, la de tener abundancia material, podrían estar más en armonía con los anhelos del ser superior. El hecho de que esta contaminación y esta dislocación se consideraran la actitud moralmente más deseable sólo empeoró las cosas. De tal suerte, la humanidad tenía que romper con todo ello, y esto, por fuerza, tenía que crear trastornos de cierta intensidad. Así, la revolución sexual tuvo que manifestarse en ocasiones de maneras indeseables; pero indeseables sólo si les mira fuera de contexto. Individualmente, empero, la verdadera lección debe aprenderse. Esta lección es exactamente lo que estoy diciendo aquí. Las viejas costumbres necesitan desesperadamente un cambio profundo. Tienen que surgir una nueva expresión sexual y una aceptación gozosa del impulso sexual. Al mismo tiempo, hombres y mujeres individuales necesitan entender la enorme importancia de la integración del amor, el erotismo y la sexualidad; del afecto y el respeto; de la ternura y la pasión; de la confianza y la reciprocidad; del compartir y el ayudarse mutuamente. Debe entenderse que la relación comprometida no es un edicto moral que prive al hombre y a la mujer de placer, sino todo lo contrario. Debe entenderse que la corriente de poder que se evoca por medio de una fusión entre el amor, el respeto, la pasión y la sexualidad es infinitamente más extática de lo que podría serlo cualquier fusión de carácter ocasional. De hecho, es tan fuerte que las mismas autoridades contra las que se expresa tanta rebeldía han temido esta corriente combinada más que cualquier otra cosa. Estas mismas autoridades no están esencialmente tan alejadas de aquel que se permite experimentar la sexualidad sólo de una manera escindida; escindida del corazón, separada de la intimidad real y del anhelo de compartir.

Conocer el estado al que pueden ustedes acceder —no, mejor dicho, al que deben acceder con el tiempo, pues éste es su destino natural— es importante. Este estado es el plano sin el cual no pueden gobernar su barco. Pero existe una diferencia sutil, aunque clara, entre este modelo que los atrae, por un lado, y un intento forzado de ser lo que orgánicamente aún no han llegado a ser, por el otro. En el primer caso, aceptan su condición humana. Saben que en virtud de su naturaleza humana, no pueden ser de inmediato ese individuo ideal, totalmente integrado. Saben que hace falta mucho tiempo, mucha experiencia, muchas lecciones, muchos intentos y fracasos, innumerables encarnaciones, para que la sustancia de su alma emerja y se convierta en este ser completo. Necesitan saber que tal estado existe, aun cuando todavía sean incapaces de experimentarlo. Necesitan saberlo sin ejercer presión sobre ustedes, sin moralizarse, sin desalentarse. Todas esas actitudes son destructivas y erróneas.

Por desgracia, el intento de imponer por la fuerza un estado ideal que los individuos no pueden alcanzar en este momento ha sido obra de casi todas las religiones organizadas. Es por esta razón por la que la religión organizada goza de tan mala fama hoy en día. El estado de integridad debe ser puesto con gran suavidad en la conciencia, si se me permite usar esta expresión. Jamás debe ser un látigo. Debe ser tan sólo un recordatorio de quiénes son ustedes ya en esencia, y de quiénes van a ser un día.

Así como es absurdo volverse ateo debido a los errores de la religión, así también es absurdo descartar el matrimonio por completo debido a sus distorsiones anteriores. Antes de que el matrimonio empezara a ser puesto en duda como institución válida por una diversidad de individuos, la actitud hacia esta institución ya había empezado a cambiar considerablemente en las últimas décadas. A diferencia de lo que ocurrió en el pasado, los individuos escogían pareja libremente, y por lo general estaban motivados por el amor. Sin embargo, esto también condujo muchas veces a soluciones erróneas. Con enorme frecuencia, individuos demasiado jóvenes e

inmaduros para formar una unión realmente significativa escogían el matrimonio basándose en la atracción superficial y sin un conocimiento profundo de sí mismos y del otro. No es sorprendente, pues, que este tipo de matrimonio no sobreviviera. Pero también tenía que darse este paso antes de que llegara la madurez. Así como los individuos no pueden aprender a menos que experimenten sus errores y sus faltas de madurez, la conciencia colectiva tiene que hacer lo mismo. Deben ponerse en práctica nuevas maneras de hacer las cosas antes de que el alma alcance sabiduría y verdad. La libertad de escoger en forma independiente, la libertad de experimentar el placer sexual y erótico, la libertad de cometer errores y aprender de ellos, la libertad de establecer relaciones distintas y más maduras junto con el crecimiento del yo, sin condena: todos éstos son prerequisites necesarios para aprender el verdadero significado e importancia del matrimonio; verlo, no como un grillete impuesto por una autoridad moralizante externa o interna, sino como un regalo libremente escogido, el estado más grande, más deseable posible, el placer y la realización más intensos para los que el alma y la personalidad deben volverse fuertes, resistentes, maduros, capaces de llevar el poder a estas energías. La dicha, el éxtasis y el placer supremo jamás pueden existir gratuitamente, ni arrebatarse. No pueden experimentarse de esa manera. Sólo pueden experimentarse cuando la personalidad ha alcanzado un grado suficiente de purificación, de seguridad, de fe, de autoconocimiento, de comprensión del universo, de "cristicidad" [palabra adaptada del inglés "Christness" (T.)]

La liberación sexual tiene que atravesar algunas etapas que pueden parecer exageradas, o que incluso son exageradas, antes de que una mayor liberación sexual —la unificación del amor, el erotismo y la sexualidad— puedan crear el matrimonio de la nueva era. Los encuentros sexuales efímeros no deben considerarse el estado final de liberación. Son, en el mejor de los casos, una fase muy temporal y limitada por la que hay que pasar. Nadie que los haya experimentado se ha sentido verdaderamente satisfecho con ellos, ni siquiera en el plano meramente físico. Pueden ustedes engañarse diciéndose que es lo mejor que pueden esperar vivir, pero no es así. Pueden negar su anhelo insatisfecho y profundo porque parte del anhelo hasta hoy insatisfecho ha sido mitigado. Pero se trata sólo de una pequeña parte, y tienen aún mucho camino que recorrer a fin de darse a sí mismos lo que realmente necesitan, quieren, desean, y lo que, en efecto, deben tener.

De la misma manera en que ocurrió con la revolución sexual, la liberación femenina ha tenido que irse a un extremo, al menos temporalmente. Algunas mujeres tuvieron que volverse igual de duras y de inflexibles que su mayor enemigo, el hombre, a fin de experimentar su fuerza y su capacidad de ser independientes, responsables de sí mismas, creativas e inventivas. Mientras que ésta sea una manifestación temporal, una fase pasajera, un intervalo del que surgirán mayores cambios, todo está bien. Pero cuando esto se considera el ideal final, se vuelve tan dañino como la mujer-niña reprimida y dependiente que ya no quieren ni necesitan ustedes ser. La mujer de la nueva era combina la independencia, la autorresponsabilidad y la adultez plena con la suavidad y la flexibilidad que antes se asociaban exclusivamente con el parásito dependiente. El hombre de la nueva era combina los sentimientos de su corazón, su suavidad, su ternura y su dulzura con su fuerza y sus capacidades, no de una manera similar, sino complementaria. Los dos pueden crear el matrimonio de la nueva era.

El matrimonio de la nueva era no se crea en etapas de juventud. Si los participantes son jóvenes, será porque han alcanzado una madurez considerable como resultado de un trabajo genuino e intenso como el que se hace en este camino (*pathwork*). El matrimonio de la nueva era es un núcleo de fuerza que fortalece a uno y a otro en el viaje común, y que también fortalece a otros en una tarea comúnmente emprendida en favor de la causa más grande. El matrimonio de la nueva era es totalmente abierto y transparente. En él no hay secretos de ningún tipo, y ambos participantes comparten en forma total el proceso que recorren sus almas en este camino (*pathwork*). Esta apertura y esta transparencia necesitan ser aprendidas. Es un camino dentro del camino, por decirlo así. Necesitan ustedes hablar abiertamente de su dificultad para lograr esta apertura, en vez de negarla u ocultarla. Si no lo hacen así, no podrán aliviar su insatisfacción, por mucho que traten de culpar a su compañero o a las circunstancias externas. Parte de esta apertura consiste en la revelación de la poderosa corriente espiritual: las fuerzas liberadas por la unificación de la sexualidad y el corazón. Cuando el temor se comparte, aunque ninguno de los dos sea capaz todavía de desterrarlo, las obstrucciones empiezan a eliminarse con relativa rapidez. E incluso de este compartir surge algún tipo de realización vibrante.

En el matrimonio de la nueva era, el requisito previo para sentirse realizados y mantener la relación viva es seguir un camino de profundo desarrollo personal y de limpieza de todas áreas ocultas del ser. Cuando la intensidad de sentimientos se desvanece, también esto necesitan enfrentarlo juntos y explorarlo. Puede deberse a cualquiera de muchas razones, ninguna de ellas necesariamente mala o vergonzosa.

Cuando todos los niveles de la personalidad se reúnen, se abren al otro y finalmente se funden, la intensidad del encuentro sexual rebasará todo lo que actualmente pueden imaginarse. Esto es algo que anhelan profundamente, pues esta realización es su derecho natural y su destino. Sólo puede darse en una unión como la que describo aquí: en el matrimonio de la nueva era. Este tipo de fusión no es algo fácilmente alcanzable. Es el

resultado de una paciencia infinita, del crecimiento, del cambio, de la transformación. Pero debe vivir dentro de ustedes como una posibilidad que podrán hacer real algún día.

La fusión en todos los niveles de la personalidad significa la fusión de todas las energías corporales. Ésta es una situación que se presenta muy raras veces. Llegará el día en que sepan cuándo existe la fusión sólo en el nivel físico, y cuándo ocurre en los niveles emocional, mental y espiritual. Todos estos cuerpos energéticos existen como una realidad y pueden fundirse, o no fundirse, de acuerdo con las condiciones existentes. Cuando la fusión tiene lugar en todos estos niveles, no sólo se vuelven uno con su compañero, sino con Dios. Experimentan a Dios en el compañero y en ustedes mismos. La corriente de poder es demasiado fuerte para soportarla a menos que las personalidades involucradas hayan alcanzado un alto grado de desarrollo interior y purificación.

Cuando reconozcan que la fusión sexual es insuficiente y poco interesante a menos que incluya todas las energías del cuerpo en el proceso de la unión, la manera en que concebirán un encuentro sexual será muy distinta de como es hoy. Jamás será impensada o caprichosa. Se le considerará un ritual sagrado. Estos rituales serán creados por cada pareja en lo individual, y podrán cambiar en distintas etapas. Nunca se convertirán en rutinas rígidas. El encuentro sexual es la fusión verdadera de los principios masculino y femenino como fuerzas universales. Cada fusión sexual será un acto de creación que dará lugar a nuevas formas espirituales, a nuevas alturas de desarrollo en ambos seres; y esto podrá darse también a los demás. La fusión y la complementación de estos dos aspectos divinos —las fuerzas femenina y masculina— harán posible no sólo la realización total, el éxtasis y la dicha, sino nuevos valores perdurables y una verdadera experiencia de la realidad divina, del Cristo que hay en ambos miembros de la pareja.

Queridos amigos, esta conferencia no debe desalentarlos en modo alguno, no importa lo lejos que parezcan hallarse de la posibilidad y el destino que les esbozo aquí. Ya se están moviendo en esa dirección por el solo hecho de poder entender esta conferencia, de ser capaces de querer usarla de la manera más positiva, no importa donde estén. Saber esta verdad los hará libres —como los hacen libres todas las verdades— aunque no puedan vivirla de una manera completa en esta vida. Recójense de que exista, de que los aguarde. Conozcan esta verdad como parte del enriquecimiento que les ha sido dado alcanzar.

Existe una tremenda tensión entre las corrientes energéticas masculina y femenina. Esta tensión puede manifestarse de una manera positiva o de una manera negativa. Si se manifiesta negativamente, la sexualidad se engancha con la negación (homosexualidad, represión, asexualidad, impotencia, frigidez) o con la expresión negativa (sadismo, masoquismo, fetichismos). Hasta cierto punto, puede ser necesario dar algún grado de expresión a la sexualidad negativamente conectada, pues si se le niega por completo, la personalidad total se bloquea y la tensión conduce a una acumulación tan poderosa que surge en consecuencia la violencia no sexual. Estas expresiones, sobre todo si tienen lugar en la fantasía o en situaciones en las que hay consentimiento mutuo, donde nadie es dañado ni forzado, pueden ser un paso que conduzca a una sexualidad más cohesiva y conectada... especialmente si las mencionadas expresiones no son glorificadas sino que se entienden en su verdadera dimensión.

Cuando la tensión se manifiesta positivamente, se trata en verdad de un punto nuclear psíquico. El matrimonio de la nueva era es un punto nuclear psíquico. La energía liberada, la creatividad liberada, la reciprocidad del éxtasis: estos elementos son experiencias profundamente espirituales en, a través de y con Dios. La sexualidad divina debe reconocerse en la nueva era. No se le encontrará ni en los viejos tabúes y negaciones, el juicio moralizante de esta fuerza creativa; ni se le hallará en las desviaciones que ocurren por necesidad como resultado de un desarrollo incompleto. La fuerza explosiva del mecanismo de tensión y liberación masculino/femenino permea la personalidad entera y trasciende lo finito. Realmente espiritualiza el cuerpo y materializa el espíritu, que es la tarea de la evolución.

Con esto, los bendigo, amados míos. El Cristo que vive en lo más profundo de su alma se funde con la conciencia y las energías crísticas que los rodean, y los llenan con Su amor, Su fuerza y Sus bendiciones.

No editada
17 de mayo de 1978
Traducción: Margarita Montero

Para información y participación en las actividades del Pathwork así como los nombres de las personas autorizadas a enseñar Pathwork comunicarse a:

Argentina	www.pathworkargentina.com.ar	Tel. 52 55 53935124
México	www.pathworkmexico.org	Tel. 598 2 601-8612
Uruguay	Mercedes Olaso	Tel. 1 800 pathwork
Fundación Pathwork	www.pathwork.org	

Los siguientes lineamientos son para su información en el uso de la marca del Pathwok® y del material registrado de esta conferencia.

Pathwork® es una **marca registrada**, propiedad de la Fundación del Pathwork, y no se puede utilizar sin el permiso escrito expreso de la Fundación. La Fundación puede, a su criterio autorizar el uso de la marca del Pathwork® a otras organizaciones o personas.

El Derecho de Autor del material del Guía del Pathwork es propiedad de la Fundación del Pathwork. Esta conferencia se puede reproducir, de conformidad con las políticas de la Fundación referentes a Marca Registrada y Derechos de Autor. El texto no se puede alterar o abreviar de ninguna manera, ni tampoco lo relacionado con la Marca Registrada y los Derechos de Autor. A los destinatarios solamente se les podrá cargar el costo de reproducción y distribución.

Cualquier persona u organización que utilice la marca o el material registrado por la Fundación del Pathwork deberá cumplir con las políticas establecidas para las mismas. Para obtener información o la copia de estas políticas, entre en contacto con la Fundación del Pathwork.